

# Salir con la carreta: restituyendo decisiones en un espacio de posibles

DÉBORA GORBÁN

## Introducción

En los últimos diez años el “cartoneo”<sup>1</sup> se extendió como la principal fuente de recursos de un gran número de familias de los sectores populares, en un contexto de profundas transformaciones del “mundo del trabajo” y de las formas de inscripción de las clases populares.<sup>2</sup> Si bien, la recuperación de desechos para su venta, o uso, es una práctica de la cual se poseen registros desde principios del siglo XIX en la Ciudad de Buenos Aires, en la última década la forma en que dicha práctica es desarrollada, se modificó. Principalmente a partir de la centralidad que adquiere en las estrategias de vida de las familias que a ella se dedican, pero también en la forma en que este grupo construye sus relaciones con el universo social en el que se encuentra.<sup>3</sup> Como mostraré en este artículo, no es lo mismo “salir a cartonear”<sup>4</sup> que “quedarse en el barrio”, trabajar en la construcción, o como empleada doméstica. Y esto ya que el trabajo será entendido no como entidad abstracta aislada de los modos de vida y relaciones de los sujetos que lo practican, sino como una construcción social históricamente situada, que en tanto tal se transforma y modifica a lo largo del tiempo.

Desde los estudios del trabajo, la práctica del cartoneo ha sido categorizada como una actividad “refugio”, marginal dentro del conjunto de actividades categorizadas como informales.<sup>5</sup> Y esto debido a la particularidad de esta tarea que reside en la manipulación de residuos, en condiciones insalubres sin protección alguna, en la calle, con herramientas precarias. Uno de los primeros trabajos que mencionan la problemática es el de Orsatti y Gilardi (1999), en donde los autores incluyen a los “recogedores de basura” dentro de lo que denominan trabajo en la vía pública, considerando esta activi-

1. Se denomina “cartoneo” a la recolección informal de residuos sólidos urbanos cuyo destino posterior es la venta en espacios dedicados a la comercialización de materiales recuperados. Estos espacios son “depósitos” de materiales (hierro, papel, cartón, plástico, zinc, metales, entre otros) localizados próximos a barrios carenciados del Gran Buenos Aires y de la Ciudad de Buenos Aires, y en general no cumplen con los requisitos

2. Merklen señala como a partir de los 80’ se produce una transformación profunda en las formas de inscripción de las clases populares en Argentina. Sostiene que “iniciado el proceso de desafiliación, los perdedores se refugiaron en lo local” y fueron reconstruyendo su sociabilidad principalmente a través de lo que denomina una “inscripción territorial”, en el marco del que las clases populares organizaron (parcialmente) tanto su participación política como sus lazos de solidaridad.

3. Un punto interesante para pensar las transformaciones ocurridas alrededor de esta práctica se refleja en la legislación que se modifica y crea relacionada con el aumento del número de personas dedicadas a la recolección informal. En el 2003 la Ciudad de Buenos Aires legalizó el trabajo que realizan los “cartoneros” o “recuperadores”, a través de la ley n° 992, derogando la ordenanza según la cual se consideraba delito revisar y recolectar los residuos de la vía pública. A su vez, a partir de ese año, comienzan a diseñarse y ejecutarse distintos programas estatales destinados a la problemática de la basura, específicamente a buscar formas al-

ternativas de tratamiento de los residuos sólidos urbanos (RSU), incorporando a los “recuperadores urbanos” como actores del circuito de recolección y reciclado de los residuos. De esta manera se establece un punto de quiebre en relación a la forma en que desde el Estado se había regulado la práctica de la recolección de materiales recuperables en la historia de la ciudad (Gorbán, 2005, 2009).

4. Expresión utilizada por quienes se dedican a esta actividad para referirse a la práctica de la misma.

5. Para otro enfoque respecto al análisis de la práctica de recolección de residuos desde la perspectiva de la informalidad consultar Saravi, 1994.

6. Esta caracterización se vincula a la forma en que ha sido conceptualizado el “sector informal” siguiendo el informe de la OIT PREALC (Programa Regional de Empleo para América Latina y el Caribe): “la franja de actividades de baja productividad en la que se inserta el excedente de población incapaz de ser absorbido por las ocupaciones generadas por el sector moderno de la economía urbana” (Carpio y Novacovsky, 1999). Sin embargo, cabe aclarar que dicha caracterización no se adecua con la situación actual de la legislación vigente ya que en el 2002 se sancionó la ley 992 a través de la cual se anula la ordenanza n° 33.691 del gobierno militar que prohibía la práctica del cartoneo, y a partir de la que esta actividad resultaba ilegal. Para un análisis de los cambios en la legislación vinculada a la práctica informal de la recolección de RSU ver Gorbán, 2005 y 2009.

7. De esta forma han sido descriptos en los medios masivos de comunicación, especialmente en las notas que se publicaron en medios gráficos entre mediados de 2001 y 2002, momento en que se hace visible el aumento del número de “cartoneros” en la ciudad. Un relevamiento realizado por las universidades de General Sarmiento y Lanús en 1999, sostenía que para esa fecha cerca de 25.000 personas recorrían el área metropolitana. Así de la proyección de los datos surge que cerca de 100.000 personas vivían directa o indirectamente del cartoneo en la ciudad de Buenos Aires y el Conurbano.

dad como un aspecto de la informalidad a partir de su condición de ilegal.<sup>6</sup> A comienzos del 2000, la presencia de varones, mujeres y niños “revolviendo la basura”<sup>7</sup> en las calles céntricas de barrios de clase media y alta de la Ciudad de Buenos Aires, se convirtió en uno de los arquetipos de una crisis económica y social devastadora. Desde allí, esta actividad aparecía como penosa, indigna y en ese sentido como parte de una estrategia de sobrevivencia desplegada frente a la ausencia de recursos alternativos. Sin embargo, yendo mas allá de estas primeras reflexiones, mi investigación se centró en analizar cómo alrededor de esta práctica marginal se configuraba un modo de vida para la familias habitantes de los barrios El Salvador y La Esperanza<sup>8</sup> entre quienes realicé el trabajo de campo. Así el presente artículo se propone analizar, a partir de un abordaje etnográfico, la manera en la que los varones y las mujeres de estas familias otorgan sentido a una práctica tradicionalmente considerada en los márgenes del trabajo. En ese sentido las preguntas que guían este análisis son: ¿Cuáles son los valores morales que se articulan alrededor de la práctica del “cartoneo”? ¿Cómo comprender la “salida con la carreta” más allá de una idea de trabajo ligada a los valores instaurados en la ‘sociedad salarial’?

## 1. Dos historias y un campo de posibles

El trabajo de campo que da origen a este artículo, y a la tesis de la cual éste se desprende, se realizó entre la Ciudad de Buenos Aires y en dos barrios de José León Suárez en el Partido de San Martín. Aquí me concentraré en El Salvador, uno de esos barrios. El “barrio”, como lo denominan quienes allí viven, es una de las tantas “villas miseria” que encontramos recorriendo lo que se conoce como Área Reconquista, que se extiende en un terreno caracterizado por sus altos índices de contaminación ambiental (napas contaminadas por desechos industriales, terrenos anegadizos, basurales clandestinos). El barrio ocupa una extensión de aproximadamente 12 cuadras de largo por 6 de ancho, entre la Avenida Márquez, al este y el Camino del Buen Ayre al Oeste. Las viviendas se fueron construyendo en los terrenos que se encuentran atrás del predio industrial ubicado en un amplio lote<sup>9</sup> y de un predio ocupado por una Iglesia y su colegio. El camino más rápido para llegar al barrio desde la Ciudad de Buenos Aires es en el ferrocarril ex Mitre, que termina su recorrido en la estación de José León Suárez. Desde allí se pueden caminar los 100

metros que conducen hasta la calle San Martín, que bordea el nuevo asentamiento que está frente al barrio, o ingresar después de recorrer los 200 metros hacia el Oeste por la calle San Benito que bordea el predio industrial de un lado y la iglesia del otro. Esta calle, además de ser la vía principal de acceso, es una frontera entre la parte vieja del barrio (comúnmente identificada como El Salvador) y la otra, más reciente (denominada alternativamente Curita o El Salvador). A medida que se avanza por esta calle, el pavimento se hace cada vez más precario hasta convertirse en calle de tierra, las calles laterales comienzan a angostarse y se convierten en pasillos que se bifurcan. Para acceder a las edificaciones más recientes del barrio, hay que atravesar los pasillos que serpentean entre las viviendas. La calle San Benito separa la parte nueva del barrio de la vieja, evidenciando la segmentación existente entre ambas. La parte vieja caracterizada por la amplitud de las calles, el loteamiento y la presencia de más vegetación, contrasta con el entramado reticular de pasillos angostos que se extienden del lado de Curita. Allí las viviendas se encuentran más próximas unas de otras; en ambos sectores hay viviendas de material y también de cartones, chapas y otros elementos. En los comienzos del barrio, circa 1960, algunos de sus pobladores recuerdan que allí no había mucho más que “campo y algunas vacas”. Se trataba de un terreno en donde no existía edificación alguna. El barrio se fue formando a medida que muchos de los hijos y familiares de los vecinos de El Salvador, comenzaron a construir sus viviendas en aquellas extensiones de monte.

Para los habitantes de este barrio, la práctica de la recolección de residuos no es una novedad. En las historias de vida de muchos de sus pobladores es recurrente la referencia al “cartoneo” como recurso, especialmente en los momentos de desempleo, pero siempre había sido una práctica a la que se recurría de manera intermitente, para complementar el ingreso principal del hogar cuando éste disminuía o desaparecía. Sin embargo, desde fines de la década de 1990 y comienzos del 2000 la presencia de las carretas<sup>10</sup> se extendió entre la mayor parte de las familias del barrio. Ya no se trataba de una actividad que completaba a otras si no que para muchos hogares se constituyó en la principal fuente de ingresos. Teniendo en cuenta este contexto, podemos suponer que la centralidad que el “cartoneo” adquiere en las estrategias de vida de las familias se debe a la ausencia de otras opciones laborales, sin embargo, algunos elementos que se desprenden de los relatos recogidos entre los habitantes del ba-

8. Los nombres de los barrios en los que se realizó el trabajo de campo y de los entrevistados han sido modificados para preservar la identidad de los entrevistados.

9. En el predio se encuentra el “parque privado industrial Parque Suárez”. El complejo tiene como objetivo albergar el establecimiento de pequeñas y medianas empresas industriales y/o almacenaje de mercaderías, tanto permanente, temporario como estacional, con oficinas dentro y fuera de los recintos, seguridad y servicios operativos centrales.

10. La carreta es una herramienta esencial en la práctica del “cartoneo”. Si bien no hay un solo formato de carreta, entre quienes llegan diariamente a la ciudad desde la zona norte del Conurbano se destaca el uso de un tipo específico. La carreta que utilizan mide aproximadamente 1,50 metros de alto, construida con caños de aluminio en forma de L. En la parte inferior los caños se unen dando lugar a una pequeña plataforma sobre la cual se apoya una base formada por una tabla de madera que permite sostener el saco. Por lo general éste está hecho con una bolsa de hilos de nylon grueso, adonde va depositada la carga de papeles, cartones, plásticos, vidrios, y otros materiales. Para empujarla hay que hacer fuerza hacia abajo sobre los caños- que hacen las veces de manubrios-, de esta forma el movimiento de ‘palanca’ permite que la plataforma que apoya en el piso se levante y la carreta se sostenga sobre las dos ruedas aliviando el peso de la carga. Esta carreta puede cargar entre 100 y 150 kilos.

11. Entre quienes se dedican al cartoneo, existen diversas formas de llevar adelante la recolección. Estas diferencias se relacionan con los distintos aspectos que la configuran: el lugar en donde se lleva a cabo, las herramientas utilizadas, la periodicidad, las distancias recorridas, el tipo de objetos y materiales recolectados, el medio de transporte utilizado para llegar hasta el lugar, los intercambios. Así, están quienes viven en la ciudad, recolectan en sus calles y venden en los galpones que se ubican en algunos de los barrios alejados del centro. También quienes viajan desde el Conurbano a la ciudad, recolectan en los barrios residenciales, cerca de los centros comerciales y oficinas, y vuelven con sus cargas al Conurbano a donde venden el material en depósitos dedicados a la compra-venta. Y también están quienes viajan a la ciudad pero forman parte de cooperativas, las cuales funcionan en galpones que se funcionan como centro de acopio y clasificación de materiales. Una dato central para entender la forma en que se construyen los recorridos por la ciudad se vincula con las relaciones que establecen los “cartoneros” con vecinos y comerciantes. Es a partir del conocimiento mutuo, de establecer un vínculo de confianza que éstos les guardarán papeles, cartones, botellas y otros desechos. Es en este sentido que muchas veces los cartoneros denominan “clientes” a éstos vecinos y comerciantes. Para un análisis detallado de estos aspectos ver Gorbán, 2009.

12. El Tren Blanco, fue un servicio de ferrocarril que funcionó desde el 2000 hasta fines de diciembre del 2007. Era implementado por la empresa que posee la concesión del servicio de ferrocarril de la zona norte de Buenos Aires –TBA- correspondiente al trayecto entre José León Suárez y la Capital Federal. Su historia se remonta a los conflictos que se generaban a raíz de la presencia, en los servicios regulares del ferrocarril, de quienes viajaban con sus carretas a recuperar residuos a la ciudad. Para los otros pasajeros las carretas y sus dueños representaban una “molestia” que debía erradicarse. La prohibición de que las carretas sean transportadas en los vagones, derivó en una movilización y reclamo por parte de muchos de los varones y mujeres que “cartoneaban”, resultando después de una larga disputa en la puesta en marcha del Tren Blanco.

rrio, cuestionan esta argumentación. Las dos breves anécdotas relacionadas a continuación permiten ilustrar este señalamiento.

Eva es tucumana, llegó al barrio El Salvador, en 1999; allí vive todavía con Pedro su marido y seis de sus ocho hijos. Cuando la conocí en el 2004 hacía cinco años que “salía a cartonear”, casi desde su llegada. Su marido era ayudante de albañil pero sólo conseguía trabajos irregulares que alternaba con las “salidas a la Capital”. Hacia el 2001, cada vez eran más escasas las ocasiones en las que lo llamaban para hacer alguno de esos trabajos, por ello el cartoneo se fue regularizando para ambos. En el caso de Eva esto supuso organizarse con las tareas de cuidado del hogar y sus hijos más pequeños, así cuando estas actividades se multiplicaban o no llegaba a finalizarlas, se quedaba en su casa y Pedro tomaba el tren hacia la Capital solo. En uno de nuestros encuentros durante el 2004 Eva me contaba que deseaba cambiar de trabajo, que le gustaría hacer otra cosa y constantemente estaba atenta a cualquier oportunidad de trabajo que pudiera surgir. Fue por ello que me sorprendí cuando en el medio de su relato, como al pasar, me dijo que hacía poco tiempo había dejado un trabajo en un geriátrico. Allí atendía a 40 adultos mayores con dos empleadas más:

...era muy sacrificado...no dábamos abasto, terminábamos muertas, trabajé 3 semanas, 2 semanas pero... dejé. Me dijo la señora que cuando quiera que vaya, que quedó conforme conmigo. En cambio me mandó a preguntar si quería volver, todo, pero es muy poco. Me pagaban 350 pesos pero eran muchas horas de trabajo y no te lo pagaban todo junto, o sea, te daban de a puchos y vos no lo veías realmente. No es lo mismo cobrar mensual....

Una historia similar me contó Nora una noche mientras la acompañaba en su recorrido.<sup>11</sup> Nora “salía a cartonear” desde fines de 1990, en esa época el dinero que su marido ganaba haciendo fletes con una camioneta no era suficiente para sostener a sus tres hijos pequeños. Nora viajaba todos los días en el Tren Blanco<sup>12</sup> desde su barrio El Salvador hasta la estación Carranza en Belgrano, Ciudad de Buenos Aires. Un par de años después de empezar a “salir” consiguió trabajo como empleada doméstica en una casa de familia. Sin embargo, a pesar de haber buscado este trabajo para poder dejar de cartonear,

después de siete meses renunció. Su respuesta frente a mi sorpresa fue clara:

sólo me pagaban entre 2 y 3 pesos por hora y con eso no podía hacer nada.

Su explicación me pareció razonable,<sup>13</sup> como empleada doméstica Nora no podía ganar lo suficiente como para sostener su hogar. Sin embargo, lo que obtenía a través de la venta de cartones semanalmente,<sup>14</sup> tampoco constituía un ingreso monetario suficiente. Es decir que lo obtenido a través de una y otra actividad no representaba una diferencia sustancial en términos de ingresos monetarios para el hogar. En todo caso la comparación de las dos actividades laborales que aparecían como alternativas en los relatos de Eva y de Nora me obligaban a analizar de otra manera la decisión de “salir con la carreta”.

Si partía de considerar la recolección informal de residuos como una de las últimas actividades disponibles en una supuesta escala de jerarquía de prácticas ‘laborales’, las decisiones de ambas parecían no tener sentido. Si la carreta constituía un “último recurso”, ¿porqué volver a ella teniendo otra opción? Si bien las dos mujeres explicaban esa decisión argumentando los bajos ingresos que obtenían en esas otras actividades, no podía dejar de pensar que muchas de las personas que entrevisté y que conocí durante mi trabajo de campo en distintas oportunidades se habían referido a su deseo de poder conseguir otra cosa, de tener un *trabajo*,<sup>15</sup> algo que les permitiera “salir de la calle”. Es decir que de acuerdo con esto, podía asumir que ante la posibilidad de otro empleo nadie dudaría en dejar la carreta. Sin embargo, la experiencia de Eva y Nora me obligaba a detenerme y revisar esas reflexiones.

Estas dos anécdotas me llevaron a releer algunos textos académicos<sup>16</sup> que, en su mayoría desde la perspectiva de la ‘informalidad’, abordan el estudio de actividades que se desarrollan en la calle consideradas como ‘marginales’. De acuerdo con lo que afirman estas investigaciones, dichas actividades se expanden después del 2001 como consecuencia de la crisis y el aumento del desempleo. Este trabajo pretende problematizar esa llamada expansión, caracterizada como la “aparición” o “recurso” a “nuevas” prácticas, recuperando

13. Me refiero a la razonabilidad en el sentido señalado por Criado, que apuntando la distinción fundamental, entre racionalidad y razonabilidad dice: “La primera se supone universal, la segunda es particular. La primera supone una percepción de la situación que se corresponde objetivamente con ella. La segunda, supone diversas apreciaciones de la situación en función de intereses y esquemas cognitivos entre los que no se puede establecer una jerarquía universal. La ‘razonabilidad’ se refiere a la adecuación práctica a una situación concreta en función de unos esquemas incorporados mediante la familiarización con situaciones parecidas. Los padres no enseñan a sus hijos a ser ‘racionales’ –a maximizar la relación entre costes y beneficios- sino ‘razonables’: a comportarse como conviene a la situación. Y aprendiendo a ser razonables aprenden los principios de división del mundo: las categorías, indisolublemente cognitivas y evaluativas” (Criado, 1998)

14. Se puede establecer una rápida distinción entre los desechos que son recolectados por los cartoneros: por un lado, están aquellos que, de acuerdo a la denominación que les atribuyen quienes los recolectan, son identificados como “materiales”, residuos recuperables pasibles de ser vendidos a los depósitos y que serán vendidos por éstos posteriormente como materia prima para la industria. Y por otro lado encontramos las “cosas” que reciben especialmente de parte de algunos vecinos, o encontradas entre los residuos depositados en las veredas. Los grandes grupos de materiales son: plásticos, botellas y vidrios, metales, materiales textiles, papeles y cartones.

15. En un punto es interesante pensar como circula entre el grupo una suerte de ‘discurso común’ que se repite ante el investigador desprevenido, acerca de “buscar algo mejor”, o referido a las características de la actividad: “esto no es lindo”, o a los motivos por los que se lleva adelante: “se hace porque no hay otra cosa”. Algunas investigaciones sobre actividades consideradas “informales”, hacen referencia a este tipo de expresiones (Chávez Molina, Comas y Alonso, 2007).

16. Entre estos trabajos cabe nombrar: el trabajo de Chávez Molina, Comas y Alonso, (2007) sobre “feriantes buscas”;

el texto de Raffo (2007) sobre trabajo sexual; el de Graziano, Lejarraga y Grillo sobre prácticas de mendicidad en la red de subterráneos, entre otros. También incluyo mi trabajo de tesis de maestría sobre “cartoneros”, (Gorbán, 2005).

17. Y a su vez, tampoco puede interpretarse a partir de extrapolar relaciones válidas a nivel macro, es decir en términos individuales no se puede concluir que sean los mismos los que perdieron un empleo y salen a cartonear.

18. Desde los argumentos de E. P. Thompson (1984) en “La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII”, puede pensarse que al igual que los motines de subsistencia (y sin equiparar una cosa a la otra) que la *salida a cartonear* no constituye una “simple respuesta a estímulos económicos”. Si bien no se trata de una “acción directa”, la salida debe situarse en un contexto histórico singular y estratégico de condiciones de vida de las familias.

una dimensión de continuidad, en tanto consideramos que forman parte de un repertorio de prácticas de los sectores populares.

Si bien se centran en comprender y desplegar las particularidades de las experiencias analizadas, estas investigaciones observan y analizan estas actividades desde marcos conceptuales y categorías que toman como punto de partida (y a veces también como lugar de llegada) la postergación económica, social y cultural de estos sectores. Sin pretender discutir la importancia de sus resultados, el uso de cierto tipo de recorte analítico, impide descentrar la mirada de los estados caracterizados como “de pobreza”, “carencia”, “marginalidad”.

Así, se aborda el estudio de estas actividades calificándolas como “último recurso”, “refugio de la pobreza”, o simplemente como actividades que se hacen cuando ya “*no queda otra*”.<sup>17</sup> Sin desconocer que muchas de dichas actividades se desarrollan en condiciones extremas, el objetivo es señalar que a partir de estas apreciaciones, muchas veces se descomplejizan ciertas prácticas y el sentido otorgado a las mismas, corriendo el riesgo de perder la riqueza de las sutilezas, los matices, el mundo de significados de los sujetos estudiados.

Lejos de considerar que el trabajo como categoría y como valor se encuentra ajeno a la experiencia y mundo de sentidos de los grupos de baja renta estudiados, la lectura que planteo en este artículo se propone abordar estas decisiones en el contexto del conjunto de alternativas y recursos de los cuales disponen y crean, los sectores populares urbanos. Re-situando la decisión de “*salir con la carreta*” dentro de un espacio de posibles (Bourdieu, 1994) para los sectores subalternos, dejando a un lado la idea de pensar al cartoneo como último recurso disponible.<sup>18</sup> Es en ese sentido que la práctica de la recolección no puede ser leída, vista, analizada en ella misma, aislada del contexto relacional en el que se encuentra.

La idea de un espacio de posibles contribuye a este enfoque. Ya que la misma no alude solamente a la oferta disponible en tanto actividades, sino a un espacio que “tiende a orientar la búsqueda de los agentes definiendo el universo de problemas, de referencias, y de señales, todo un sistema de coordenadas que es necesario conocer para estar en el juego” (Bourdieu, 1994: 61). Como un sistema de coordenadas comunes, este espacio trasciende a los agentes singulares, haciendo que, aún cuando no se refieran conscientemente los

unos a los otros, los agentes sean objetivamente situados los unos en relación a otros (Bourdieu, 1994).

El espacio de posibles permite trascender la lógica del último recurso, para poder acceder a comprender la “*salida*” como un elemento más de ese sistema de coordenadas. Entonces no se trata solamente de comprender una práctica sino de qué manera la misma se inserta en el universo simbólico de este grupo social. En ese sentido, la idea que recorrerá las páginas de este artículo es que para comprender la “*salida a cartonear*” es necesario analizar la dinámica de la familia, en tanto red de obligaciones y derechos, en la cual el cumplimiento de los papeles sociales de género garantiza la identidad social<sup>19</sup> de los agentes. El género resulta así un eje fundamental en este análisis ya que la *salida* será significada y experimentada en términos de los papeles sociales de unos y otras y sus criterios de prestigio personal sustentados sobre determinados valores.

## 2. ¿Salir y trabajar una cuestión de género?

En el relato inicial, la explicación de Eva sobre sus razones para seguir “saliendo con la carreta”, nos informa sobre ciertos valores que refieren a las formas legítimas de ser mujer en el barrio.

Efectivamente como se lee en la experiencia de Eva y también de Nora, no se trata sólo de conseguir una actividad que implique ‘mejores condiciones de trabajo’. Para poder aprehender los sentidos profundos que se asoman en estas decisiones es necesario indagar en términos de lo que podríamos denominar, parafraseando a Bourdieu (2006) la función social<sup>20</sup> del cartoneo. Como mencioné anteriormente, se trata fundamentalmente de pensar estas actividades, así como las decisiones y elecciones, insertas en las tramas barriales y dinámicas familiares.

Desde algunos estudios de la antropología brasileña (Duarte, 1986; Fonseca, 2004; Sarti, 2006 y Jardim, 1998) se sostiene –con diferencias entre los distintos autores– que el trabajo es caracterizado como valor instrumental que garantiza la identidad masculina adulta por medio del sustento de la familia. En ese sentido es percibido como un medio que permite la valorización del grupo familiar.

Por su parte, el trabajo de la mujer aparece subsumido al cumplimiento de su papel de madre, esposa y dueña de casa (Sarti, 2007;

19. Identidad social entendida “no como espacio donde la semejanza se produce por automatismo, sino como producto elaborado y difícil del procesamiento de las diferencias, en un proceso siempre incompleto y multidimensional” (Guedes, 1997: 28, mi traducción)

20. Bourdieu refiere a la desorganización sistemática de la “conducta, de la actitud, y de la ideología” que se produce en la sociedad *cabila* a través de la imposición de formas de organización capitalista de la sociedad. En el caso del jefe de familia se observa que la falta de un empleo regular le impide cumplir su función económica, amenazando su función social en tanto tal, y con ello su autoridad en la familia y su respetabilidad. Al mismo tiempo esta situación de desempleo del jefe de familia lleva a que muchas veces los hijos, hermanos y la mujer queden al frente del sostenimiento del hogar. Al principio, esta situación es experimentada como provisoria, pero cuando deja de ser vivida como algo transitorio, genera una desmoralización profunda. Teniendo en cuenta esta situación Bourdieu señala que “algunos vendedores ambulantes terminan por hacer una profesión de lo que en el origen era apenas un último recurso provisoria” (2006: 119). Podría decirse que en cierta forma, hay una transformación similar de la forma en que es experimentada la salida a cartonear que deja de ser un recurso provisoria para estabilizarse como actividad laboral.

Caldeira, 1984; Telles, 1992, entre otros). En ese sentido la ausencia de la mujer en el hogar impediría dicho cumplimiento poniendo en riesgo no sólo el prestigio de la mujer frente al resto de la comunidad, sino el de su familia y su marido.

En el caso de los grupos familiares estudiados se observa la existencia de ciertos papeles sociales esperados para las mujeres y para los varones que en principio no parecen apartarse de las obligaciones identificadas arriba. Sin embargo, ciertos matices dan cuenta de las particularidades del grupo analizado.

Las mujeres que viven en El Salvador han sido las principales impulsoras de “la carreta” en el barrio. “Saliendo a pedir” primero, “saliendo a cartonear” después, cotidianamente se alejan del territorio familiar para viajar a la ciudad. “Salen” del barrio y de la casa, no se “quedan”, contrariando en muchas situaciones no sólo los reclamos de sus maridos, sino poniendo en riesgo su respetabilidad como esposas y madres. Más de una vez escuché a Sandra<sup>21</sup> insistir que ella seguía saliendo porque siempre había encontrado la forma de ganar su dinero, “estaba acostumbrada” y además quedarse en el barrio la “aburría”. Sin embargo, esta firmeza repercutía en su relación de pareja, ya que su marido Sergio no quería que ella siguiese con esta actividad: “no quería que trabaje, él quiere que me quede en casa, no le gusta que salga” me explicaba Sandra. En dos oportunidades mientras estaba de visita en la casa de Nora, Sandra llegó con los ojos llorosos después de haber tenido una fuerte pelea con Sergio. La discusión había comenzado por “chismes” de las tías de Sergio acerca de Sandra y los supuestos amantes que ella tenía en la Capital. Después de esas peleas, Sandra dejaba de viajar a la ciudad por algunos días, “porque estaba cansada”, o porque ese día “no tenía ganas de nada”, hasta que volvía a retomar la carreta.

Desde una interpretación que privilegie las categorías de “esfera privada/esfera pública” (Ariza y Olivera, 2002 y García y Olivera 1994), la salida de Sandra puede llegar a ser interpretada como el pasaje de la primera a la segunda, sin embargo “salir” no implica necesariamente “apropiarse del espacio público”, ni redundante en una mayor “autonomía”.<sup>22</sup> Clasificando su práctica como perteneciente a una u otra esfera, en realidad perdemos de vista la complejidad de aquello que informa. La mayor o menor autonomía adquirida a través de la salida, supone por un lado, atribuirle a la misma valores correspondientes a un tipo de trabajo asalariado, de determinadas caracterís-

21. Sandra es la esposa del sobrino de Nora, vive a unas escasas cuadras de distancia de Nora. Tiene 34 años, 3 hijos de su actual pareja con Sergio y 5 de una pareja anterior. Desde sus 15 años viaja a la Capital en busca de desechos. Sus primeros viajes los realizaba junto a sus hermanos más pequeños y después, siguió saliendo sola, para sostener a su entonces reciente familia.

22. Ariza y Olivera (2002), realizando un análisis de distintas miradas sobre la participación económica y la participación social de las mujeres, identifican cuatro posturas en torno al papel desempeñado por el trabajo extradoméstico: como factor de integración, factor de marginación social, factor de explotación, y de empoderamiento. Desde investigaciones cualitativas sobre el trabajo extradoméstico en la relación de las mujeres y sus parejas, se ha señalado que la participación económica no es una condición suficiente para el logro de la autonomía. En este punto se destacan las diferencias que se suscitan al respecto al considerarse el nivel de escolaridad o el tipo de actividad laboral que se realiza. En ese sentido, se identifican diferencias sustantivas entre mujeres pertenecientes a sectores medios y a sectores bajos de la sociedad (García y Olivera, 1994), donde las primeras afirman que su contribución económica es central para la reproducción de la unidad doméstica mientras que las segundas valoran en menor medida su contribución a la manutención de sus familias y reconocen en el hombre al jefe del hogar y responsable de los gastos.

ticas, y por el otro, implica en parte desconocer las valoraciones y atribuciones propias del grupo. Si en un momento, mi primera interpretación de la salida de estas mujeres con la carreta me llevó a considerarla una “salida al espacio público” (Gorbán, 2006), al avanzar en el trabajo de campo pude observar que no se trataba de un pasaje entre una esfera (privada) a otra (pública), sino que, como veremos en el apartado siguiente, comprender el significado que esta “salida con la carreta”, entraña para Sandra, Nora y otras mujeres del barrio, suponía situarlas en la trama de relaciones sociales en la que se encuentran. Para ello resulta fundamental analizar qué sucede en el caso de los varones y la “salida a cartonear”, en las relaciones entre unos y otros, y cuáles son los valores vigentes en el universo simbólico de este grupo.

### **2.1. Inventar el trabajo**

En el caso de los habitantes de barrio El Salvador, el trabajo asalariado no se destaca como una opción frecuente en el espacio de posibles. Entre sus pobladores, varones, mujeres, jóvenes, se extienden un sinnúmero de changas, rebusques, pequeños comercios, junto a distintos recursos constituidos por el acceso a subsidios ligados a distintos planes de los gobiernos nacional, provincial y municipal. Entre esas múltiples actividades, entre las que se destaca “la carreta”, también se distingue el trabajo en la construcción como una de las principales actividades entre los varones adultos y jóvenes, bajo modalidades de contratación diversas; ya sea como empleados estables, gozando de los beneficios salariales, o como trabajos cortos, para los que son contratados por una semana o días, y en los cuales en muchas ocasiones no son registrados por los empleadores de acuerdo a los requisitos de la seguridad social.

La mayor parte de los varones, esposos, hermanos, sobrinos, de la familia de Nora, conocen el oficio de albañil y han pasado por distintos trabajos en ese sector. Su marido Luis es uno de ellos, pero además de este oficio siempre se “las arregló para hacer de todo”, desde atender un puesto en una feria de frutas y verduras, hasta trabajar de “techista” montando galpones en la Patagonia. También recuerda haber trabajado en una fábrica, a la que renunció rápidamente porque no le gustaba “estar encerrado”. Pero Luis nunca dejó de trabajar, siempre se las “rebuscó”, y “si no tenía trabajo lo inventaba.” En el único momento en que estuvo sin trabajar fue cuando

se accidentó, ahí se quedaba en su casa porque no podía hacer esfuerzo. Durante un año cobró el seguro de desempleo, pero después dejaron de pagarle y nuevamente volvió a trabajar, esta vez como vendedor ambulante. Luis relata ese momento de su vida con incomodidad, no quiere hablar mucho. Es en la única parte del relato que su voz se suaviza, y comienza a hablar bajo. Durante el tiempo en que se desempeñó como vendedor, su ex mujer trabajó como empleada doméstica, pero eso fue durante un corto período de tiempo aclara Luis, porque con lo que él ganaba en ese momento solamente alcanzaba para la comida. Por el contrario, él “*siempre trabajó*”, y a lo largo del relato se encarga de subrayar su capacidad para generar sus propias ocupaciones. Esta inflexión en el relato de Luis en relación a su ex mujer, apunta hacia una de las características atribuidas a la mujer en tanto esposa y madre en el barrio, que se vincula con el lugar que ésta debe ocupar no sólo en términos físicos sino también simbólicos: el adentro, el interior del hogar.<sup>23</sup>

23. En su texto sobre la sociedad cabila Bourdieu mostraba de qué manera las divisiones del grupo se proyectan en la organización espacio-temporal que asigna a cada categoría su lugar y su tiempo. Así el orden social funciona como una inmensa máquina simbólica tendiente a ratificar la dominación masculina sobre la cual está fundado (...) es la estructura del espacio con la oposición entre el lugar de reunión o el mercado, reservados a los hombres, y la casa, reservada a las mujeres, o al interior de esta, entre la parte masculina, con el recibidor, y la parte femenina, en el establo, el agua y los vegetales; es la estructura del tiempo, jornada, año agrario, o ciclo de vida, con los momentos de ruptura, masculinos, y los largos periodos de gestación, femeninos (22-23: 1998).

Esta serie de oposiciones entre dominios de lo masculino y de lo femenino estructuran la representación del grupo y la manera en que este se organiza a sí mismo.

24. En su trabajo sobre la construcción social de los trabajadores Guedes (1997) elige la articulación entre el “ser hombre” y el “ser trabajador” como foco de su investigación, ya que considera que el vector trabajo no puede ser analizado separadamente de la concepción de hombre. Identidad que se construye en diversos planos o niveles sociales significativos.

Nora, por el contrario, siempre “salió”, primero a pedir y después a cartonear. Cuando Luis se refiere a la actividad de Nora lo hace desde la ironía, quitándole los atributos que pueden identificar la *salida con la carreta* con un trabajo:

*iiiQué se va a cansar!!! Si ella no camina nada, no hace nada.  
Los porteros le cargan todo en la carreta.*

Ni esfuerzo, ni cansancio, de esa forma desestima Luis la actividad de Nora, a lo cual ella le responde con una risa recordándole que él no sale porque “*no puede ni llevar la carreta*”.

Resulta significativa la manera en que ambos aluden a algunas de las características atribuidas comúnmente al trabajo –en términos valorativos la fuerza, la habilidad, la laboriosidad– para criticarse mutuamente. Apelando a dichas características, Luis minimiza la fuerza o desgaste que su mujer realiza con la carreta. Esto puede ser interpretado como una forma de preservar su lugar de hombre y trabajador,<sup>24</sup> lugar que podría verse amenazado. No sólo porque su mujer sale y mantiene el hogar, sino también porque la actividad que ella realiza requiere de una fuerza y resistencia física que Luis, debido al accidente que sufrió en un antiguo trabajo, muchas veces no está en condiciones de realizar. A través de estas ironías Nora y

Luis sostiene sus papeles socialmente esperados, que aparecen puestos en juego a partir de la actividad que cada uno realiza.

En este mismo sentido se pueden interpretar las diferencias entre Nora y Luis acerca de la manera en que cada uno se refería a la situación de desempleo que atravesaba éste en el 2004. En una de las primeras visitas a su casa, Nora me explicaba que su marido “*ahora está sin trabajo*”, mientras que un año después Luis respondía enérgicamente que el “*nunca había dejado de trabajar, siempre estuve haciendo cosas*”. Para Nora la situación de no trabajo de Luis significaba que no tenía un trabajo como albañil u operario. Cuando volví a verla un año y medio después de esa visita una de las primeras cosas que me contó fue que “*ahora (Luis) trabaja como albañil en San Isidro*”. Para ella, las ocupaciones de Luis durante el periodo anterior implicaban que su marido se encuentre en la calle durante todo el día y como me explicaba Luis, “*a ella eso no le gustaba*”. Es interesante ver como en sus respuestas ambos dan cuenta de valoraciones distintas respecto al trabajo, en relación al lugar del otro dentro del grupo. Luis, mostrándose en actividad, *haciendo cosas*, resguardaba su prestigio social como esposo y padre de familia. En última instancia, ambas afirmaciones señalan la permanencia de un universo simbólico en el cual el trabajo como valor simbólico dentro del grupo está ligado al prestigio personal del hombre.

## **2.2 . La salida con la carreta como trabajo por cuenta propia**

En el relato de Luis se repite algo que escucharía en boca de otros hombres del barrio: la exaltación del trabajo por “*cuenta propia*”. Ser “*independiente*”, “*no tener patrón*”, “*no estar encerrado*”, son condiciones apreciadas y anheladas por Luis y otros. En el caso de Luis, sus diversas ocupaciones, haciendo fletes, comprando y vendiendo distintos productos, o haciendo de intermediario, le permitían escapar a una relación laboral bajo patrón. Y más aún, incluso teniendo un trabajo como albañil, con horarios y rutinas cotidianas, no deja de buscar la ocupación alternativa que le permita cambiar a una actividad en la cual no tenga jefe ni la rutina de hacer todos los días lo mismo en el mismo lugar. Si bien el caso de Luis parecía singular, la idea de “*independencia*”, de “*no tener que cumplir horarios*” o “*que no te manden*”, era repetida por varios.

Juan, vive en La Esperanza, es uno de los tantos cientos que viaja con Nora en el tren. Es un hombre joven de 36 años, está “juntado” por segunda vez y tiene tres hijas que viven con él y su pareja. Pasó por diversas ocupaciones, fue camionero durante casi diez años, también vendedor. Recuerda con orgullo sus años en la empresa de transporte, enumera la cantidad de viajes que hacía sin descansar, las distancias que recorría, la soledad de la ruta. Pero también se detiene a recordar las incontables oportunidades en las que no estuvo junto a su familia debido a su trabajo.

Cuando renunció a la empresa de transportes en la que trabajaba, pasó por varios trabajos temporarios y precarios, también algunas changas, hasta que a instancias de su mujer empezó a “salir a cartonear”. Para ella, que vivía en el barrio Curita desde pequeña, la carreta era algo familiar. Juan relata su experiencia sin dejar de referirse a la vergüenza que le daba salir al principio, y también a los insultos y rechazos que soporta muchas veces en la ciudad. Pero, a su vez se detiene particularmente en un aspecto que para él se transformó en algo esencial:

¿Sabés qué pasa?, que yo en el momento que arranqué con esto, es como que tomé una independencia con conocimiento, de decir esto es mío loco, de acá, de esto, nadie me saca.

A través del testimonio de Juan podemos ver como la carreta se transforma en una práctica “autónoma”, en la cual no hay que rendir cuentas a un patrón, donde los horarios los maneja cada uno. Un ideal de independencia, parece suplir o contrarrestar las inclemencias de recolectar residuos en la calle. Esta exaltación del “cuentapropismo” es también observada por Fonseca en su trabajo sobre la Vila Cachorro Sentado en Porto Alegre, donde señala el desprecio de los habitantes de la Vila por los empleos “denigrantes” donde los magros salarios no compensan la falta de satisfacción personal, y la valoración de cualquier “gana pan” que no sustente la jerarquía social convencional a través de la cual cualquier miembro de la villa se ve subordinado a alguien de las clases dominantes. La autora identifica esto como uno de los mecanismos para compensar la pérdida de prestigio. En ese esquema el sueño de los hombres es ser trabajador “autónomo” (Fonseca, 2004). En este sentido la identificación de la carreta como trabajo autónomo entre los hombres del barrio Salva-

dor, refleja una de las formas en las que éstos sustentan su identidad social, defendiendo su prestigio personal, no sólo frente al grupo, sino fundamentalmente frente a sus esposas.

De esta forma, en un contexto en que las mujeres “salen con la carreta” a la par de los hombres, se establecen criterios diferenciales de valorización de la misma actividad. Así mientras que para los hombres es significada en términos de un trabajo con el cual adquieren “independencia”, en oposición al trabajo asalariado en el que se está “encerrado”, cumpliendo horarios, y bajo el control de un jefe en una situación de subordinación, para las mujeres veremos que esta independencia será proyectada en un sentido diferente.

### **2.3 De carretas, mujeres y ayuda**

Como ya he mencionado, la literatura sociológica que analiza la creciente participación de las mujeres en el mercado de trabajo, ha señalado oportunamente, las diferencias sensibles que la misma entraña para las mujeres pertenecientes a diferentes sectores sociales. Así, en más de una oportunidad se ha sostenido que el hecho de que una mujer se desempeñe laboralmente no supone necesariamente una mayor autonomía (Jelin, 1984; Jelin y Feijoo, 1983). Cito nuevamente este argumento para poder introducir el siguiente apartado sobre las mujeres que viajan a la ciudad a cartonear. Comprender la experiencia de estas distintas mujeres que salen diariamente con la carreta, requiere poder superar una forma dualista de concebir las experiencias populares (Semán, 2009), tarea que implica un esfuerzo mayor de comprensión y de explicación para el investigador.

Repasando los relatos reconstruidos a lo largo de mi trabajo de campo<sup>25</sup> resulta problemático poder enmarcar dichas experiencias bajo una clasificación que las abarque a todas. En principio, analizando con qué es asociada la “salida a cartonear” por las mujeres, y cómo es vista su salida por los hombres, pude vislumbrar que la respuesta implicaba dar cuenta de un abanico de significaciones que muchas veces aparecían como contradictorias.

En términos macro, la recolección informal es una de las actividades en las que se registró una mayor participación de las mujeres a partir de una situación de disminución y destrucción de puestos de trabajo, especialmente entre varones jefes de hogar. Siguiendo este razonamiento, las mujeres que en el barrio comienza a viajar a la

25. Estos relatos no son reproducidos en este artículo en su totalidad por cuestiones de extensión. Para un abordaje específico sobre los mismos consultar Gorbán, 2009.

ciudad de Buenos Aires para juntar desechos, estarían paliando la ausencia o pérdida de trabajo de sus cónyuges. Sin embargo, escuchando y observando de cerca la experiencia de las mujeres de El Salvador, esta lectura resultaba simplificadora y homogeneizante. Aún cuando para muchas de ellas el cambio en la situación laboral de sus maridos era reinterpretado como un momento de ruptura, indagando en sus trayectorias esta interpretación comenzaba a señalar algunas ambigüedades.

Corina tiene 43 años, lleva el cabello corto peinado hacia atrás con hebillas, su cara sostiene una sonrisa, la encontré por primera vez en el Tren Blanco, en un viaje desde José León Suárez a la ciudad de Buenos Aires. Madre de siete hijos, “*ama de casa*” como ella se definía, hasta que el sueldo de su marido dejó de ser suficiente y Corina “*agarró la carreta*”. Pero no era la primera vez que salía, como ella cuenta:

26. En este punto utilizo la categoría “cirujeo” como es utilizada por los agentes en su experiencia práctica. La misma no aparece como sinónimo del “cartoneo” sino que Corina la usa para diferenciar esa práctica del pasado, de la práctica actual. El cirujeo alude a la salida a recolectar distinto tipo de residuos en un carro tirado por caballos, buscando elementos de desecho caracterizados como “chatarra” –en su mayor parte metales ferrosos y no ferrosos- que eran vendidos en depósitos o “chatarreros”. En el presente Corina distingue claramente su actividad “*como cartonera*” de aquello que hacen los “*cirujas*”: “*Soy cartonera. Y lo peleo a todos, soy cartonera. Ciruja no soy, pero cartonera sí. Porque yo considero que un ciruja es aquel que no se ocupa de sus casas ni de sus hijos y aquel que vive en la calle por la necesidad o por las circunstancias. No tiene un techo. No tiene una responsabilidad. Un ciruja come hoy porque no sabe lo que va a comer mañana. Yo no, yo sé lo que como hoy, porque sé lo que tengo que llevar mañana a mi casa. Entonces yo soy cartonera. Y yo creo que la mayoría de mis compañeros cartoneros piensan lo mismo. Nosotros sabemos lo que comemos todos los días, sabemos lo que mañana tenemos que llevar a nuestros hijos, a nuestra mesa, para que ellos coman. Por eso la diferencia del cartonero y el ciruja*”.

yo ya nací arriba de un carro de ciruja. Pero que empecé de vuelta con esto que es mi alimento en mi casa, y hace tres años.

El padre de Corina “cirujeaba” con un carro con caballos cuando ella era chica. Corina lo acompañaba y juntaba a la par de él, pero cuando se casó dejó de salir y se dedicó a su marido y a sus hijos.

Dos cosas se destacan en la historia de Corina. Por un lado, se observa algo que aparece como un rasgo de muchas de las familias que habitan no sólo en El Salvador sino en otros barrios de la zona: la recolección y el cirujeo como recursos presentes en la historia de estos grupos. No se trata de algo nuevo sino que forman parte de un repertorio de recursos que constituyen una memoria práctica que se reactualiza. Esto se observa en el caso de Corina, cuando recurrió a la carreta para complementar los ingresos en su hogar.

En este punto me gustaría detenerme sobre una característica que aparece en tensión con la concepción del trabajo de la mujer como *ayuda*. En el extracto del testimonio citado más arriba Corina establece una distinción entre su pasado cuando acompañaba a su padre con el carro y su presente. Su historia personal se encuentra indetectablemente ligada al cirujeo,<sup>26</sup> como ella recuerda nació arriba de un carro, pero no obstante establece una clara diferenciación entre

aquellas salidas y las actuales, entre su lugar como hija y su obligación de “alimentar” a su familia. Es interesante ver como la continuidad no es lineal sino que aparece resignificada, más específicamente se transforma una forma de hacer –en relación a la recolección- pero fundamentalmente el papel social de Corina, de *hija que ayuda, a madre que debe “alimentar su casa”*.

Guedes (1997) señala a partir de su trabajo etnográfico esta distinción entre trabajo y ayuda en relación a la responsabilidad. Término este último al que la autora le atribuye una potencia explicativa en el proceso de construcción de los hombres/trabajadores.

Quando se trabaja en una familia en la que se está en la posición de hijo, por más necesario que sea el producto de esta actividad para el grupo como un todo, este trabajo es *ayuda*, así como el trabajo de la mujer fuera de la casa sólo puede ser aceptado como ayuda, en casos de extrema necesidad. De ese modo, no es trabajo propiamente porque no está revestido de la responsabilidad por la manutención de la familia (173: 1997, el subrayado es mío).

La experiencia de Corina así como la de Nora o Sandra muestran que la “salida a cartonear” esta revestida de una responsabilidad que se aleja de la idea de ayuda, y se acerca a la de trabajo. Los recursos que se obtienen a partir de la recolección llevada a cabo por ellas, resultan centrales no solamente en el sostenimiento económico de los hogares sino en el mercado interno de intercambios simbólicos (Fonseca, 2004). Las cuatro asocian en sus discursos, pero también y fundamentalmente en sus prácticas, “la salida” con la manutención de sus familias, centralidad que Nora graficaba en la frase “*la carreta es la que me mantiene*”. Inclusive, en ciertas ocasiones el término “*ayuda*”, que caracteriza al trabajo realizado por las mujeres, es utilizado por ellas para referirse a la “*salida a cartonear*” de sus maridos o a los trabajos que éstos realizan. Sandra, lo utiliza para referirse a Sergio, comparándolo con su anterior pareja, al que califica de “vago” y “nene de mamá” porque no hacía nada, no trabajaba, y estaba todo el día borracho.

Ahora es distinto, porque este [Sergio, su nueva pareja] me *ayuda* mucho, trabaja de albañil. En realidad yo no tendría

que salir, no tengo necesidad, pero me acostumbré a tener mi trabajo, me gusta.

Si bien dentro del ‘dominio femenino’ de la casa son las mujeres las que se refieren a las tareas que realizan los hombres como “ayudas”, resulta interesante observar cómo en este caso es el hombre el que “ayuda” a la mujer con la manutención del hogar.

Sandra enfatiza especialmente esta última parte, no necesita salir pero le gusta tener su trabajo. Como vimos en un apartado anterior, ella es una de las muchas mujeres que cuentan que son sus maridos quienes no quieren que trabajen. Sin embargo, Sandra se las arregla para seguir con la carreta, yendo con Nora o llevando a alguno de sus hijos mayores para que la acompañe. En ese sentido, se puede interpretar que cuando denomina *ayuda* al trabajo de su marido, está reforzando su lugar de proveedora, jerarquizando su propio trabajo. De esta manera jerarquiza su lugar como mujer honrada en el grupo, que, como veremos en el próximo apartado, muchas veces resulta amenazado por los “chismes” y “cuentos” de otras mujeres.

En este punto me gustaría aclarar algo. Las mujeres que conocí y con las que interactué durante mi trabajo de campo, en muy escasas oportunidades utilizaban la palabra “trabajo” para referirse a la recolección de residuos. De hecho, las distintas expresiones utilizadas para referirse a dicha actividad eran aquellas a través de las cuales reflejaban una forma de relacionarse con esa práctica y el lugar que ocupa en su experiencia diaria: “*salir con la carreta*”, “*ir a la Capital*”, “*salir a cartonear*” o simplemente “*salir*”. Rara vez escuché a estas mujeres referirse a su tarea como trabajo, excepto cuando era yo quien en mis preguntas introducía la idea de trabajar o preguntaba en esos términos. Estas categorías, condensan por un lado la experiencia de las mujeres en relación a las formas de obtención de recursos, y por el otro la de los varones, dando cuenta de los distintos sentidos que le otorgan a dichas prácticas. En una conversación con Pedro, el hermano de Nora, me llamó la atención su evidente incomodidad cuando le pregunté a que se estaba dedicando en ese momento, si estaba trabajando:

No, yo no....no tengo...la que trabaja es mi mujer. Yo salgo, eso sí.

Eva, su mujer a quien nos referimos al comienzo de este artículo, en ese momento trabajaba como empleada doméstica en casa de familia, Pedro, albañil de oficio, “salía con la carreta” y a veces hacia ocasionales “changas”. Si bien ni Nora ni Pedro utilizan la palabra trabajo para referirse a la recolección, en el caso de éste último, “salir” aparece como algo que hace porque no tiene otra cosa, mientras en el caso de Nora es algo que hace porque le permite sostener su casa y su familia. No se trata sólo de una ayuda, lo que ella trae y obtiene de la venta, permite el funcionamiento cotidiano de su hogar. Para Pedro, es sólo algo que hace mientras no tiene trabajo.

De lo antes dicho se desprende que en el caso de las mujeres la “salida a cartonear” se asocia a ciertos valores vinculados al trabajo, sin embargo la salida de las mujeres no es considerada en los mismos términos por sus cónyuges. Las caracterizaciones que Luis hace sobre la tarea que realiza su mujer, minimizando su esfuerzo, o la oposición de Sergio a que Sandra “siga saliendo con la carreta”, iluminan la vigencia de un universo simbólico donde el trabajo de la mujer sólo puede ser aceptado en tanto se lo despoja de aquellas características que lo convierten en tal.

Sin embargo, la “salida a cartonear”, reviste para estas mujeres otros sentidos que permiten sino hablar de autonomía si trascender los esquemas interpretativos en los cuales el trabajo de la mujer es legitimado por ellas desde su papel social de madres y esposas, asociándolo a las tareas de cuidado. En este caso, observamos que sin desaparecer, esta forma de legitimación se encuentra atravesada por aquella que destaca su lugar de proveedoras. Pero al mismo tiempo, para las mujeres que salen a cartonear, esta práctica no refiere simplemente a los recursos que puedan llevar a sus hogares, sino a un tiempo y espacio particular que es vivido como propio. Me detendré en este aspecto en el próximo apartado.

### **3. Salir con la carreta, salir del barrio: entre el trabajo y la distensión**

Más de una vez, mientras estaba en el barrio con Nora o Sandra antes de ir hacia la estación a tomar el tren, presencié el ir y venir de vecinas, cuñadas, hermanas, sobrinas, que pasaban preguntando: “¿hoy vas a la Capital?” Muy pocas veces usaban la expresión “voy a cartonear”, tanto en las preguntas como en las respuestas, la fór-

mula se refería al trayecto hacia la ciudad, al viaje a la Capital. El énfasis estaba puesto así en un pasaje, en un traslado que supone dejar (salir de) un lugar para llegar a otro. Para estas mujeres “ir a cartonear” encerraba algo más que la posibilidad de mantener a sus familias, ese desplazamiento, esa salida también refería a la asociación que se produce entre la ciudad de Buenos Aires y la posibilidad de “distraerse”, de salir del lugar en donde se aburren.

Una de las tantas tardes en las que iba al barrio de Belgrano para ver a Nora, encontré a Sandra parada junto a la carreta de Nora, al lado del bar que está junto a la estación Carranza. Me detuve a saludarla y me quedé con ella esperando que Nora vuelva del baño de la estación. Me llamó la atención verla, porque en ese tiempo su carreta se había roto y no había podido arreglarla para volver a trabajar. Mientras esperábamos Sandra me explicaba porque estaba allí: *“es que cuando te acostumbras a algo es así {a salir con la carreta}. Yo me acostumbré a trabajar, desde chica trabajo y por eso estos días que no tengo la carreta la extraño”*. Le pregunté porque quería ir a la ciudad de todas formas. Y Sandra sin pensarlo me respondió:

Cuando venís a Capital te olvidas de los problemas, respiras un poco. Yo si me quedo en casa me aburro, no se me pasa más el tiempo! Veo un poco de tele pero no se que hacer. Por eso no estoy casi nunca en casa, voy a lo de Nora todo el tiempo.

27. Esta expresión nativa es utilizada para identificar a quienes, en la ciudad, separan y guardan materiales recuperables. Nora tiene porteros que “le sacan”, es decir que le juntan y guardan papeles y cartones, entre otros, especialmente para ella. Así esta expresión da cuenta no solamente de una acción sino de un vínculo social entre “cartonero” y “vecino”.

Cuando llegó Nora, empezamos a caminar en dirección hacia el primer edificio en el que *“le sacan”*<sup>27</sup> papeles y cartones. Sandra y yo caminábamos por la vereda mientras Nora empujaba la carreta por la calle. Sandra no llevaba ni carro ni bolsa en la mano, le pregunté entonces si ella iba a juntar cosas ese día:

S: Yo vengo, me llevo algunas cosas que me den o que encuentre, pero vengo para no quedarme, extraño la carreta.

D: Y todo eso ¿lo comparten?

S: No, es para ella (para Nora). Pero ella a veces me da cosas. Y además yo me llevo cosas así para comer o ropa.

A partir de este extracto del diario de campo se observan dos cosas que en la experiencia cotidiana de Sandra aparecen ligadas. A la ciudad va aunque sólo sea para “traerse algo”, pero también, y no es menos importante, porque allí se distrae, hace algo, fundamentalmente, sale del barrio. Esa salida, implica al mismo tiempo salir de la casa, poder ausentarse, sin arrojar demasiada sospecha de este alejamiento del lugar tradicionalmente reservado para ellas.

En efecto, hemos visto que no deja de estar presente en el barrio el ideal simbólico de la mujer como esposa y madre, que en tanto tal, es respetada siempre que cumpla con estas obligaciones, sin descuidarlas. La “salida a cartonear” de alguna manera contradice uno de estos principios, o al menos los tensiona. Para muchas poder ocuparse de los hijos y de la casa, supuso salir de la casa<sup>28</sup> y también del barrio. Entre las mujeres que conocí, las que permanecían en su casa y en el barrio, haciendo actividades que no requerían alejarse de sus hogares, constituían una minoría. La amplia mayoría viajaba a la Capital, a cartonear o a pedir. Estas salidas no estaban al margen de los “chismes” y críticas, y Sandra era una de las mujeres sobre la que circulaban comentarios en los que se sostenía que sus viajes a la ciudad tenían por objeto encuentros sexuales con otros hombres. Estos “*cuentos*” eran puestos en circulación especialmente por las hermanas de Nora, las tías del marido de Sandra –que en ese tiempo ya no iban a la Capital–, en ocasión de algún conflicto entre ellas.<sup>29</sup> Estas acusaciones, más allá de las disputas de poder que reflejan entre las mujeres del grupo familiar, ponen en evidencia la asociación entre la calle, la sexualidad y la honra de la mujer.<sup>30</sup>

Sin embargo, este tipo de críticas y rumores se activan en contextos relacionales específicos, ya que más allá de ellos la “salida a cartonear” está revestida de una legitimación social que tensiona la asociación entre la calle como espacio masculino y la casa como espacio femenino. En relación a las mujeres que “salen a cartonear” pude observar que la calle también es vivida como un espacio femenino, en tanto espacio de encuentro de mujeres, de amistades, de sociabilidad y de diversión. Un espacio que se construye alrededor de la tarea de recolección pero que no se reduce a ella, un lugar a donde se va aún cuando no se vaya a trabajar.

Además de Sandra, más de una vez a Nora la acompañaba Roxana, “*su única amiga*” como me dijo una vez. Roxana tiene 30 años, madre de dos varones, cuando la conocí estaba en plena separación.

28. Fonseca advierte sobre ciertos estereotipos existentes en relación a la división del trabajo, la segregación de espacios y la complementariedad de los papeles a partir de sus investigaciones sobre familias de sectores populares en Brasil: “En la organización familiar observada en la villa, la diferenciación de los papeles del hombre y la mujer es innegable. Sin embargo, resulta útil introducir ciertas reservas en el debate. Por ejemplo, debemos usar con cautela la oposición (recurrente en los análisis académicos) entre casa (como espacio femenino) y la calle (espacio masculino). Esta dicotomía, particularmente bien adaptada a la progresiva separación de espacios en la familia burguesa del siglo XIX (ver Smith, 1995), no se aplica, necesariamente, de forma tan nítida, en otros contextos. En ciertos casos, donde los hombres salen diariamente del barrio residencial, dejando este espacio a las mujeres, el concepto puede corresponder a una verdadera separación de espacios físicos” (2004: 149, mi traducción).

29. Sergio vivió desde que llegó de Tucumán con una de sus tías, Juana, a quien ayudaba a cartonear, hasta que conoció a Sandra. Mientras vivió con su tía, gran parte de lo que obtenía trabajando era para ella. Cuando Sandra quedó embarazada de su primer hijo, se mudaron juntos y esta ayuda se interrumpió. En palabras de Sandra: “yo le dije que ahora el tenía su familia que tenía que ocuparse de nosotros, ya no vive con sus tías”. Muchas de las peleas entre Sandra y las tías de Sergio deben ser leídas en este contexto.

30. La asociación entre la mujer que sale y su condición de “prostituta” también se encuentra en otros contextos etnográficos. Por ejemplo en Marruecos la prostituta es “la mujer que sale” (*tarjuf*), sale de la casa, sale con hombres o sale sola en busca de hombres. Es la “mujer de la calle” (*imbra diel zanka*) en contraposición a la mujer que se queda en casa, “sentada” (*galisa*). Aún si en El Salvador no necesariamente las mujeres que salen a cartonear son descalificadas, los enfrentamientos entre mujeres ponen de manifiesto la vigencia de un universo simbólico en donde el prestigio de la mujer sigue estando vinculado al cumplimiento de las obligaciones como madre y esposa, representadas por la mujer que se queda, y donde la mujer que sale, amenaza la moralidad del resto y de sí misma.

Durante los meses que acompañé a Nora, nunca vi a Roxana con una carreta, viajaba en el tren blanco hasta Carranza y allá descendía para realizar con Nora su recorrido. Trabajaba a la par de ésta, incluso más, Nora se cansaba mucho revisando las bolsas, así que Roxana era la que se detenía y las abría una tras otra sacando los materiales y cosas que les servían. Todo lo cargaba en la carreta de Nora. Pero a esa carga no la dividían entre las dos, era para Nora, Roxana se quedaba con algún objeto o vestimenta que encontraba y le gustaba. A veces Roxana hacía su propio recorrido que, como me explicó una vez, era en los alrededores de la estación Belgrano R. Sin embargo, durante varios meses entre el 2006 y el 2007 me encontraba con ambas cerca de la estación Carranza, por la Avenida Santa Fe a donde Nora hacía su recorrido.

Roxana al igual que Sandra también me decía que era aburrido quedarse en el barrio:

Aunque sea venís acá, ves gente. Aunque no tenga que recolectar yo vengo, la acompaño a Nora, hablamos.

Durante el resto del día son escasas las veces en que Nora y Roxana se encuentran en el barrio. Ellas se ven en la ciudad, mientras Nora realiza su recorrido, ese es el momento de contarse sus cosas, hablar, divertirse, hacer chistes. Durante el tiempo que están en la ciudad no paran de conversar, y en muchas de sus conversaciones se refieren a los guardas o maquinistas del tren, a quienes conocen, también los saludan mientras esperan en la plaza de la estación Carranza que se haga la hora para comenzar a trabajar. Bromean con los guardas del tren que están en la estación. A veces intercambian alguna canción o foto en los celulares, también se mandan mensajes de texto. Entre ellas se hacen chistes con los porteros de los edificios, Roxana le dice a Nora que el del edificio de enfrente “*está con ella*”, Nora se ríe y le devuelve el comentario diciéndole que a ella el chico de la perfumería siempre la está mirando.

## **A modo de cierre**

Como fuimos viendo a lo largo de estas páginas salir no es solamente una salida en busca de recursos para la manutención de la familia, lo que se refleja en la forma en que estas mujeres viven el “*ir a la Capital*” es el carácter lúdico otorgado a la misma. En ese viaje a la ciudad, a donde se va a recolectar residuos recuperables, actividad que se valoriza como trabajo desde el momento en que se reconoce su centralidad en la subsistencia del hogar, es también el momento en que el barrio, la casa quedan lejos, se transforman en el **allá**, y las calles de la ciudad, se convierten en un **acá** al mismo tiempo familiar y distante. “Salir con la carreta” se transforma en una salida con amigas, en una distracción, es el momento del día en que se establece una distancia con su cotidianeidad de mujeres madres y esposas. Es así que “salir” no sólo es trabajar, sino que representa el tiempo de la distensión, de diversión, de “*alejarse de todo*” como decía Roxana. Las fronteras temporales que tradicionalmente distinguen el tiempo de trabajo del tiempo de no trabajo, son subvertidas en esta práctica. En el espacio -tiempo de la salida, tiempo de trabajo y de no trabajo, se fusionan en una experiencia en la que los límites entre ambos se erosionan y confunden.

En un trabajo clásico sobre sectores populares en Francia a partir de su estudio sobre la vida cotidiana de franceses y extranjeros en la *banlieue* parisina de fines de la década de 1960, Colette Pétonnet (2002) presenta el caso de Paca, inmigrante española que trabaja como empleada de limpieza de un hotel moderno. Como parte de sus tareas Paca tiene asignada la limpieza de un número específico de habitaciones. Cuando trabaja rápido puede finalizar su tarea a las 3 horas, y como no puede salir de su trabajo hasta las 5 de la tarde, “se ocupa de ella”. Paca cuenta entonces que durante ese tiempo se baña en una de las habitaciones, se “hace las manos”, se maquilla, enfatizando que nunca se ducha en la casa, de esa manera ahorra agua caliente para que su marido pueda disponer de ella. Petonnet destaca que más allá del hecho de economizar agua y energía bañándose en el lugar de trabajo, la joven mujer se permite el placer reservado a los ricos, *se ocupa de ella*. En un sentido similar, Nora enfatiza entre sus motivos para ir a la Capital que allí es donde tiene un tiempo para ella, donde como Paca, Nora se ocupa de sí misma y construye su espacio propio.

*Salir a cartonear* les permite a las mujeres alterar el orden establecido, abrir un paréntesis en su fluir cotidiano donde la diversión es posible, fuera de ciertos controles sociales presentes en el barrio. Si

bien, en la Capital esos controles siguen estando presentes a través de la presencia de otros miembros de la red extensa, hay un margen de “libertad” que se hace posible gracias a las características de la práctica que le otorga a esos contactos con “otros extraños” un manto de legitimidad.<sup>31</sup>

<sup>31</sup> Aún cuando es posible que circulen rumores que pongan en duda la reputación de alguna mujer, acusándola de tener “amantes” en la ciudad, en muchos casos esos rumores son fácilmente subestimados o no llegan a convertirse en sanciones hacia las mujeres sospechadas. En principio debido a que la cotidianeidad que se construye en las calles por las que transitan diariamente en la ciudad, hace sencillo el control de estas mujeres que se alejan de sus hogares. Ese margen de control es el que permite a su vez legitimar las salidas. En el caso de Sandra, cuando viaja a la ciudad no está sola sino que se encuentra con Nora, con sus sobrinas, y con otras vecinas del barrio.

## Bibliografía

- BOURDIEU, Pierre 2006. *Argelia 60. Estructuras económicas y estructuras temporales*. 1ª ed. – Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina.
- CARPIO, J., KLEIN, E. Y NOVACOVSKY, I. 1999. Informalidad y exclusión social. Buenos Aires, FCE, Siempro, OIT.
- CHÁVEZ MOLINA, E., COMAS, G. y ALONSO, J. P. 2007 “Al borde de la informalidad: practicas de reproducción socio-laboral en el segmento marginal de la feria de San Francisco Solano”. En SALVIA, A. y CHAVÉZ MOLINA E., (comp.) *Sombras de una marginalidad fragmentada. Aproximaciones a la metamorfosis de los sectores populares en Argentina*. Buenos Aires. Miño y Davila editores.
- CRIADO, Martin Enrique 1998, *Producir la juventud*, Madrid, Istmo.
- DUARTE, Luis Fernando Dias 1986. *Da vida nervosa nas classes trabalhadoras urbanas*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar/ CNPq.
- FONSECA, Claudia 1995. *Caminos de adopción*. Buenos Aires, Eudeba.
- FONSECA, Claudia 2004. *Familia, fofoca e honra. Etnografía de relações de gênero e violencia em grupos populares*. Porto Alegre, UFRGS Editora.
- GARCÍA, Brígida; DE OLIVEIRA, Orlandina. 2007. “Trabajo extradoméstico y relaciones de género: una nueva mirada”. En: *Género, familias y trabajo: rupturas y continuidades. Desafíos para la investigación política*. GUTIÉRREZ, María Alicia. Buenos Aires, CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, ISBN: 978-987-1183-72-2
- GORBÁN, Débora 2005. *Formas de organización y espacio. Reflexiones alrededor del caso de los trabajadores cartoneros de José León Suárez*. Tesis de Maestría en Investigación en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- GORBÁN, Débora 2009. La construcción social del espacio y la movilización colectiva. Las formas de organización espacial de los sectores populares en Buenos Aires. Tesis de Doctorado, Universidad de Buenos Aires/ Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales.
- GRAZIANO, M. F., LEJARRAGA, A. y GRILLO, D. (2007): Las prácticas de mendicidad en la red de subterráneos de la Ciudad de Buenos Aires. En Salvia, A. y Chavéz Molina E., (comp.) *Sombras de una marginalidad fragmentada*. Aproximaciones a la metamorfosis de los sectores populares en Argentina. Miño y Davila editores, Buenos Aires.
- GUEDES, Simoni Lahud 1997). *Jogo do corpo. Um estudo de construção social de trabalhadores*. Niteroi, RJ, Editora da Universidades Federal Fluminense.
- JARDIM, Marta Denise da Rosa 1998. *Negociando fronteiras entre o trabalho, a mendicância e o crime: uma etnografia sobre família e trabalho na Grande Porto Alegre*. Dissertação; Programa de Pós-Graduação em Antropologia Social – Mestrado – PPGAS/UFRGS
- JELIN, Elizabeth 1998. *Pan y afectos. La transformación de las familias*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- JELIN, Elizabeth 1984. *Familia y unidad doméstica: mundo público y vida privada*. Buenos Aires, Estudios CEDES.
- JELIN, Elizabeth; FELJOÓ, María del Carmen 1984. *Trabajo y familia en el ciclo de vida femenino: el caso de los sectores populares de Buenos Aires*. Buenos Aires, Estudios CEDES
- OLIVEIRA, O. de y ARIZA, M. 2000. “Trabajo Femenino en América Latina” en DE LA GARZA, E. (coord.) *Tratado Latinoamericano de Sociología del Trabajo*, México, F.C.E.
- ORSATTI, Alvaro Y GILARDI, Rubén 1999. Regulación del trabajo en la vía pública en la Ciudad de Buenos Aires, en CARPIO, J., KLEIN, E. Y NOVACOVSKY, I., Informalidad y exclusión social. Buenos Aires, FCE, Siempro, OIT.
- PETONNET, Colette 2002. *On est tous dans le brouillard*. Paris : Edition du CTHS
- RAFFO, Maria Laura 2007. “El trabajo sexual en un contexto de marginalidad laboral y segregación espacial. Trayectorias laborales de travestis y mujeres en situación de prostitución en el sur del Gran Buenos Aires”. En SALVIA, A. y CHAVÉZ MOLINA E., (comp.) *Sombras de una marginalidad fragmentada. Aproximaciones a la metamorfosis de los sectores populares en Argentina*. Buenos Aires. Miño y Davila editores.
- SALEM, Tania 1989. “O Casal Igualitário: princípios e impasses”. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, nº 9, vol. 3. São Paulo, ANPOCS/Cortez.
- SALVIA, Héctor Agustín 2005. “Trabajo y transformaciones en el mundo del trabajo. Crisis del empleo y nueva marginalidad en tiempos de cambio social”. *Revista electrónica de Crítica Social Argumentos*. , v.4. Instituto de Investigaciones Gino Germani, FCS-UBA
- SARAVI, Gonzalo Andrés 1994. “Pobres e ilegales mirando en el sector informal”. *En La informalidad económica. Ensayos de antropología urbana*. Buenos Aires. Centro Editor de América Latina.
- SARTI, Cynthia Andersen 2007. *A família como espelho. Um estudo sobre a moral dos pobres*. 4ª Edición, Sao Paulo, Cortez Editora.
- SEMÁN, Pablo 2009. “Más allá de la descripción, más acá del dualismo: efectos cruciales de un recorrido entre países, investigaciones y disciplinas”. Mimeo
- TELLES, Vera da Silva (2006): “Mutacoes do trabalho e experiência urbana”. *Tempo Social. Revista de Sociologia da USP*, Sao Paulo, v. 18, n. 1, p. 173-195.
- THOMPSON Edward P. (1984). “La economía moral de la multitud”. En *Tradicción, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis preindustrial*. Barcelona. Editorial Critica, Grijalbo.